

Traducción de Patricia Mora

Kiran Millwood Hargrave



JULIA
Y EL
TIBURÓN

ilustraciones de
Tom de Freston

bam
bú

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2021
por Hodder & Stoughton Limited
Título original: *Julia and the shark*

© 2021, Kiran Millwood Hargrave, por el texto

© 2021, Tom de Freston, por las ilustraciones

© 2022, Patricia Mora, por la traducción

Casp, 79 – 08013 Barcelona

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-8343-822-0

Depósito legal: B. 11177-2022

Printed in Spain

Impreso en Anzos, SL

Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro
procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autoriza-
ción de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).



UNO

Hay más secretos en el océano que en el cielo. Mamá me contó que cuando el mar está sereno y las estrellas se asoman a su superficie, algunos de los misterios del firmamento caen al mar y se suman a los suyos propios. Cuando vivíamos en el faro, colgaba mi retel de mango largo de la barandilla del balcón e intentaba atraparlas, pero nunca lo conseguí.

Otras noches, cuando las tormentas volvían el mundo del revés y el agua y el cielo se lanzaban el uno contra el otro, la espuma de las olas alcanzaba el haz de luz del faro. Entraba por las ranuras de las altas ventanas y se esparcía por el suelo del despacho de papá. Yo escuchaba a los charcos por la mañana, pero nunca oí nada. Ningún mensaje caído de las nubes. Tal vez los secretos se ahogaran en la noche, como un pez en el aire.



Me llamo Julia. Esta es la historia del verano en el que perdí a mi madre y encontré un tiburón más viejo que los árboles. Pero no te angusties, esto no te estropeará el final.

Me pusieron el nombre por mi abuela, a la que nunca conocí, y también por un programa de ordenador que le gusta a mi padre. Tengo diez años y doscientos tres días. Tuve que pedirle a mi padre que me hiciera las cuentas, porque los números no me entusiasman demasiado. Las palabras sí. Puedes convertir números en palabras, pero no puedes convertir palabras en números, así que las palabras deben de ser más poderosas, ¿verdad?

Mi padre no está de acuerdo. Él trabaja con números. Por eso acabamos en un viejo faro en Shetland. Fue para programarlo, para que funcionara de forma automática. Antes vivía allí un torrero y la luz provenía de gas y chispas, no de una bombilla de tungsteno de dos mil vatios. Gas y chispas, como las estrellas.

Aquello está más cerca de Noruega que de Inglaterra. Incluso más cerca de Noruega que de Edimburgo. Para encontrar Shetland en un mapa, hay que empezar en nuestra casa de Hayle, en Cornualles, y mover el dedo en diagonal hacia arriba y hacia la derecha, hasta que encuentras islas desperdigadas como una salpicadura de tinta. Eso es Orkney. Si sigues un poco más hacia arriba, hay otra salpicadura. Shetland. Es un archipiélago, que viene a ser un grupo de islas, y nosotros fuimos a una que se llamaba Unst.

Unst, Shetland, Escocia.

Me gusta que la gente de allí lo pronuncia como si hubiera otras letras de por medio. «Sco-awt-lund.» Esa es otra virtud de las palabras: hay espacios entre ellas. Van cambiando, dependiendo de qué boca estén saliendo. A veces se modifican tanto





en la mía que se convierten en algo totalmente distinto, pero mi padre dice que a eso se le llama «mentira».

Con los números no se puede hacer eso. Ni siquiera con el «lenguaje» de los números, que es con lo que trabaja mi padre. Se llama «código binario». Si buscas «binario» en el diccionario de la Real Academia Española, dice:

(adj.) Compuesto de dos elementos, unidades o guarismos.

Dos elementos. Acierto o error. Verdad o mentira. ¿Dónde queda el espacio?

Mamá también trabaja con números, pero prefiere las palabras. Es científica, lo que significa que tienen que gustarte las dos cosas. Los números te ayudan a llevar registro de todo, pero solo las palabras pueden ayudarte a explicarlo.

En Cornualles, mi madre estudiaba algas; en concreto, una especie que elimina del agua todos los químicos perjudiciales y que quizá algún día consiga descomponer algunos tipos de plástico. Seguramente hayas visto imágenes de tortugas con plásticos enganchados en el hocico. Yo las vi una vez y no se me han quitado de la cabeza. Ojalá pudiera olvidarlo, pero tal vez sea justo que no sea capaz. Cerrar los ojos no hace que desaparezcan ese tipo de cosas.

Cuando le ofrecieron a papá este trabajo en Shetland, fue mamá la que sugirió que pasásemos todos el verano allí. Porque, aunque su trabajo con las algas era importante y beneficioso para las tortugas, en Unst podría estar más cerca de lo que realmente quería estudiar: criaturas más grandes que viven en mares más fríos.

Estudió a las ballenas en la universidad y escribió un trabajo muy largo sobre una ballena que viaja sola alrededor del mundo porque se comunica en una frecuencia diferente a las demás. Las oye, pero las otras a ella no. Comprendo un poco a esa ballena. Siento que he estado gritando en mi interior desde que mamá enfermó. Aun así, su animal favorito del mundo no eran las ballenas, sino los tiburones. El tiburón de Groenlandia. Y como era su animal favorito, ese verano también se convirtió en el mío.

Me gusta que las palabras sean más amables que los números. Si no me importara que esta historia fuera cierta, podría retroceder a cuando todo estaba como siempre. Si tuviera que hablar de mi madre con un número, tendría que decirte que, actualmente, el más importante de su vida es 93875400, que es lo que aparece en su pulsera del hospital. Pero 93875400 no te dice nada de mi madre. Eso solo lo pueden hacer las palabras. E incluso ellas me fallan algunas veces.



Me estoy enrollando. Ese es el problema de las palabras, y también su mejor cualidad. Significan tantas cosas y cada palabra tiene tantas ramificaciones, tantas raíces, que si no estás segura del camino, puedes acabar perdida como Caperucita Roja en el bosque. Tengo que retroceder un poquito. Debo mantener en mente adónde quiero llegar: a mi madre.



Tardamos cuatro días en llegar a Shetland. Eso es más de lo que se tarda en llegar a Australia, que está en la otra punta del mundo, y volver. Dos veces. No pensé que fuera posible que nada llevara tanto tiempo ahora que tenemos aviones y trenes bala, pero tuvimos que ir hasta allí en coche, porque llevamos libros que pesan demasiado para meterlos en aviones y una gata llamada *Ramen* demasiado ruidosa para llevarla en tren.

Se llama así porque era tan pequeñita cuando era cachorra que cabía en los botes de fideos instantáneos vacíos que mi padre comía a mediodía. Mi madre los fregaba y los guardaba para plantar semillas de tomate, porque odiaba tirar plásticos. Seguramente hayas oído hablar de piratas que llevaban gatos a bordo de sus barcos, pues así es *Ramen*. Mi madre solía llevársela a las granjas de algas y la gata se quedaba sentada en la proa del barco bufando al mar.

Ni siquiera nos planteamos dejar a *Ramen* en Cornualles, así que le compramos una jaula especial en la que pudiera viajar. Era para perros y ocupaba casi todos los asientos traseros, así que yo me quedé apretujada a un lado con las macetas de tomate a los pies. Mi padre equipó la jaula para que tuviera plataformas por las que trepar y una bandeja de arena en su propio compartimentito, donde pudiera tener intimidad si la necesitaba.

–Espero que no se cague –dijo mamá–. Huele fatal.

–Pues como cualquier cagada –replicó papá justamente.

Siento mucho que la primera vez que escuches las voces de mis padres sea cuando hablan de caca.

Ramen estuvo demasiado ocupada maullando muy fuerte como para usar mucho la bandeja. Ese es un superpoder que tienen los gatos: pueden aguantarse el pis un montón de tiempo. No se parecen a los humanos en esto, ni en otras cosas. Paramos

muchas veces para ir al baño y para que mamá y papá se intercambiaran al volante. Pusieron un audiolibro. Se llamaba *The Crowstarver*, escrito por Dick King-Smith, y era muy triste, así que no tardamos en echarnos a llorar.

Marqué nuestro avance en el mapa de carreteras que mis padres ya no usaban porque tenían un gps. En mi opinión, los mapas son más interesantes que las pantallas. Te muestran toda la zona y las carreteras parecen venas o ríos.

Pasamos la primera noche en las Tierras Medias Occidentales, en un hostel que regentaba una pareja pejiquera que permitía la entrada a perros, pero no a gatos. Era demasiado tarde para encontrar otro sitio, así que papá pasó la noche en el coche junto a *Ramen*, mientras yo dormía con mamá en la cama grande. Tenía un colchón de agua, lo que, al parecer, había estado de moda hacía mucho tiempo.

–Es como dormir en la barriga de una ballena –dijo mi madre, dándose la vuelta–. Con tanto gorgoteo y borboteo.

–¿Tú crees?

–Lo sé. He escuchado el interior de una ballena. Una se tragó un transmisor que usábamos para captar sus cantos. Hacía más ruido que el propio mar. –Su respiración se calmó por completo, como siempre le pasaba cuando hablaba del mar.

–¿Tienes ganas de ver las ballenas de Shetland?

–Sí. –Oí la sonrisa en su voz–. Hay de muchos tipos: *Balaenoptera musculus*, *Physeter macrocephalus*, *Monodon monoceros*, *Delphinapterus leucas*.

–Ballenas azules, cachalotes, narvales y belugas –recité, traduciendo sus palabras en latín unas que sí podía pronunciar–. Parece que te viene al pelo.

JULIA Y EL TIBURÓN

–Sí. Y a ti también. Va a ser el mejor verano de la historia.

–¿Veremos nutrias?

–Improbable, pero posible. –Mi madre nunca respondía a las preguntas de ese tipo con «sí» o «no». Era científica, y eso implicaba cuestionarse lo imposible—. Aunque yo viajaré al norte, al mar de Noruega. Dicen que por ahí hay tiburones de Groenlandia.

Esperaba que me contara una historia sobre el tiburón de Groenlandia. Me ha contado cosas sobre criaturas marinas desde que era pequeña y las he recogido todas en esta libreta amarilla con una margarita en la portada, hilvanadas en un hilo como si fueran un collar, cada dato lleno de brillo y belleza. Pero ella volvió a bostezar y, por cómo había dejado de usar palabras elaboradas, me di cuenta de que estaba a punto de quedarse dormida.

Me puse de lado y lo único que vi fueron sus dientes resplandeciendo en la oscuridad. Era como si el resto de su rostro no estuviera allí, y yo lo toqué solo para asegurarme. Recuerdo su cara aquella noche, la siento bajo mis dedos. Las palabras también viajan en el tiempo.



No nos quedamos a desayunar en ese hostel de estirados, y papá estaba de muy mal humor, porque *Ramen* se había cagado y ahora su pijama olía mal. Mi madre lo tendió por fuera de la puerta y cerró la ventana para mantenerlo en su sitio, pero salió volando en la M5 a la altura de Birmingham y se coló bajo las ruedas de un camión. Discutieron un poco, lo que nos llevó hasta



la M6 hacia Manchester, luego a la M62 pasado Manchester, y después a la M6 de nuevo.

En ese momento estaba muy aburrida de la M6 y también de los nombres que tenían las carreteras. ¿No sería mejor que tuvieran unos más elaborados, como los de los libros? ¿«El camino de los elfos», «Callejón Diagon» o «Camino de baldosas amarillas»? Eso habría hecho que este último párrafo fuera mucho más interesante tanto para ti como para mí.

DOS



—¿Es ese?

Estábamos sentados en el coche en el muelle de Gutcher, en la isla de Yell, mirando el minúsculo barco que nos llevaría a Unst.

Para entonces, ya habíamos viajado más de mil seiscientos kilómetros y habíamos tomado un largo ferry desde Aberdeen hasta Lerwick, una ciudad de Mainland, Shetland. Si todavía tienes el mapa contigo, seguramente sea un puntito. Pero es el puntito más grande de Shetland, así que ahí es donde llegan los ferris desde Escocia.

Lo que había visto de Shetland hasta el momento era muy verde y muy húmedo, las nubes colgaban tan bajas sobre nosotros que estaba segura de que podría haberlas tocado. Papá se bajó del coche en cuanto nos detuvimos y empezó a dar esos saltos que hace cada veinte minutos cuando está trabajando con el ordenador. Me encogí en mi asiento, al menos no había cerca nadie de mi edad.

–¿Rollito de salchicha? –Mi madre se giró y me tendió uno.

En el regazo tenía un bote de rollitos del tamaño de una lata de pintura. Le gustaban esos que son muy baratos y están muy secos, los que tienen la carne rosa o gris y en los que de vez en cuando encuentras un bultito que es mejor escupir. Mi padre dice que se hacen con lo que se deshecha en las carnicerías. Nunca los come.

Cogí uno mientras mi madre se estiraba en su asiento. Oí cómo le crujía el cuello. Ella estaba acostumbrada a estar al aire libre y en movimiento. Tenía un impermeable bastante resistente de color amarillo, el típico que llevan los trabajadores de las petrolíferas, y salía con él hiciera el tiempo que hiciera. Incluso cuando usaba el ordenador, lo dejaba en la encimera de la cocina y tecleaba de pie.

–El tiburón de Groenlandia –dije yo.

–¿Mmm? –masculló mi madre con la boca llena de rollitos de salchicha.

–Hablaste del tiburón de Groenlandia en el hostel. ¿Crees que encontrarás alguno?

Mi madre masticó pensativamente y luego miró su reloj.

–¿Quieres estirar las piernas?

–Mientras no tengamos que estar al lado de papá...

Ahora estaba agitando los brazos de un lado a otro hasta golpearse el trasero y las piernas. Oí cómo resoplaba en voz baja incluso por encima del viento. Mi madre se echó a reír con desdén.

–Estoy de acuerdo.

Salimos del coche y mamá sacó nuestros abrigos del maletero. El mío es rojo, y junto al suyo amarillo y el verde de mi padre, parecíamos las luces de un semáforo.

El viento nos empujó en dirección a un banco pequeño y empapado que había en el muelle de piedra. Mamá se dejó caer en él. No le importaba mojarse: al ser bióloga marina, estaba más que acostumbrada.

–¿Cómo vas, mi J.?

–Bien.

–Ha sido un viaje largo –dijo ella.

–Lo sé –repliqué yo–. Lo he vivido.

Ella miró a su alrededor y se sobresaltó al verme, fingiendo sorpresa.

–¡No me digas!

Me reí por lo bajini.

–El tiburón de Groenlandia.

–*Somniosus microcephalus*.

–He estado leyendo más sobre él en el móvil de papá.

–¿Cómo has conseguido tener cobertura aquí?

–Dicen que viven hasta quinientos setenta años.

Mi madre negó con la cabeza.

–¿No es verdad?

–No está demostrado. Podría ser cierto, pero nunca se ha encontrado uno tan viejo. Creo que el más longevo tenía unos cuatrocientos.

Me quedé mirándola.

–¿Cuatrocientos?

–Sí. –Mi madre solía hacer eso: soltar datos increíbles como si estuviera relatando la lista de la compra. Su conocimiento era algo que le suponía tan poco esfuerzo como ponerse el abrigo–. Hay margen de error. Normalmente es sencillo datar la edad de los tiburones. Sus huesos constan de anillos, como los árboles.

Pero los de Groenlandia tienen unos huesos demasiado blandos. Por eso hay que datarlos por los cristalininos de los ojos.

Sentí como si mi cerebro se estirara y me dije que tenía que plasmar esos datos por escrito en mi libreta amarilla.

–Pero ¡qué locura!

Mamá torció el gesto. Odiaba esa palabra. Decía que los locos solo eran unos incomprendidos.

–Es inteligente.

–¿Cómo llegan a ser tan viejos?

–Son lentos –replicó ella.

El viento le soplaba el cabello sobre la cara, pero ella no se lo apartó. Todavía lo recuerdo. Lo llevaba suelto, aunque normalmente solía recogerse. Ese día, el cabello casi la ocultaba, por lo que pensé que parecía la adivina de una historia, la que hace profecías.

–¿Lentos? –Arrugué la nariz–. ¿Y?

–Como se mueven muy despacio, envejecen del mismo modo. Es como si engañaran al tiempo. Crecen un centímetro al año. Algo así. –Levantó la mano con los dedos prácticamente tocándose–. No es mucho, en realidad.

–¿Crees que yo viviré mucho tiempo aunque esté creciendo rápido?

Mi madre se echó a reír y me acercó a ella. Olía al plástico del impermeable, a aire fresco y a rollitos de salchicha.

–Claro que sí.

–Mamááá.

Fingí que intentaba liberarme, pero en realidad no me importaba que me abrazara. Sonó la bocina del ferry. El barco se hundió bastante en el mar cuando embarcaron todos los coches

y yo no quería mirar, así que saqué mi libreta amarilla para distraerme de la posibilidad de hundirnos. Llevo escribiendo en ella desde los nueve años, más de un año, y está llena de datos sobre animales marinos. La abrí por una página nueva, la titulé «Tiburones de Groenlandia» y escribí lo de los cristalinos y los huesos blandos.

La historia no es lo que más me gusta, pero sé lo suficiente para ser consciente de que ese tiburón estaba vivo antes de que naciera Napoleón. Antes que Mozart, a quien estudiamos en la clase de Música de la señorita Braimer. Y Napoleón y Mozart vivieron hace mucho mucho tiempo.

El pueblo de Belmont apareció entre el mar gris, las nubes grises y edificios bajos de color gris se desperdigaban por la costa. No me disgusta el gris. Mis animales preferidos, a excepción de *Ramen*, son las focas grises. Pero sí que me hizo sentir un pinchacito en el pecho haber abandonado la soleada Cornualles y llegar a la lluviosa Unst, aunque solo fuera por un verano.

Pasamos más tiempo en el coche. Todos estábamos muy callados, incluso *Ramen*, y me pregunté si sentiría lo mismo que yo. Había una calle para salir del pueblo y la mayoría de los coches se desviaron, hasta que solo quedaron dos delante de nosotros, pero giraron a la derecha cuando nosotros viramos a la izquierda al final de la calle, siguiendo las indicaciones impresas que le habían mandado a mi padre los del trabajo. No había señales y cada vez había más y más baches.

La lluvia repiqueteaba en el techo como si fueran dedos, como si papá estuviera tamborileando sobre su escritorio mientras esperaba a que le llegara un email. Mamá aún seguía con la ventana abierta y olí la lluvia: barro y hierba a la vez.

–¿Estás segura de que es por aquí? –preguntó mi padre.

–No hay otro camino –contestó mi madre agitando la hoja–.

Dice que salgamos de Belmont, giremos a la izquierda en la intersección y recto hasta el faro Uffle-Gent.

Sí, has oído bien. Uffle-Gent. El único faro de la zona, además de este, se llamaba Muckle Flugga, así que podría haber sido peor, en realidad.

El terreno empezó a empinarse y nuestro coche resollaba mientras subía, subía y subía. Y cuando alcanzamos la cima, mamá bajó aún más su ventana, sacó la cabeza y chilló.



JULIA Y EL TIBURÓN

—¡Mira, J.! ¡Dan!

Lo decía por si no lo veíamos, pero era imposible no verlo. En lo alto de la colina, el camino por fin se allanaba en una zona sin pavimentar y llena de maleza, una especie de entrada. Y apuntando hacia arriba desde el extremo de un acantilado enorme, ante el que se extendía el mar ancho y agitado, había una torre circular de color blanco y negro.

Uffle-Gent. Nuestro faro.

Entendí entonces por qué había tantas historias ambientadas en faros. Es un sitio apto para la aventura, incluso antes de entrar. Había una escalera que se extendía a lo largo de la torre, el camino más directo hacia el faro. Una barandilla rodeaba la parte de arriba para proteger un pasillo que envolvía la jaula en la que se encontraba la luz. En la base había enredaderas de ortiga y tojo entre las que mi padre tuvo que rebuscar para encontrar la llave. Maldijo muchísimo y mi madre ni siquiera le gritó, estaba muy ocupada mirando el mar. Al fin, encontró la llave bajo un viejo cubo de hojalata medio lleno de agua de lluvia. La cogió con cuidado y se limpió los dedos en los vaqueros. Mi padre puede llegar a ser un poco quisquilloso.

El interior era lúgubre y estrecho, y me dio una especie de vuelco al corazón al verlo. Podía cruzar todo el piso inferior en diez pasos, seis si lo hacía mi padre; el baño estaba justo al lado de la cocina, y la bañera y el váter estaban muy juntos.

Los muebles los había dejado el último torrero y no parecían muy contentos. Todas las paredes eran curvas y todos los muebles, rectos, por lo que nada cuadraba. Estaban colocados en ángulos rectos, como un buque naufragado, sobresaliendo y bloqueando puertas. Las paredes eran muy gruesas, aun así, la humedad perseguía los muros en manchas oscuras, y todo olía a mar.

Las escaleras se retorcían a lo largo de las paredes como un tobogán de interior en espiral. Dejé que *Ramen* saliera de su jaula y las subió a toda velocidad. Oímos cómo maullaba durante todo el ascenso.

–Esto va a ser una aventura –anunció papá.

–Y muy buena –concordó mamá.

Mi padre abrió los brazos y nos atrajo hacia él hasta que quedé apretujada entre ellos.

–¡Soltadme!

Se rieron y se besaron, así que yo solté un «Puaj» y seguí a *Ramen* por las escaleras.

Las paredes estaban húmedas al tacto y recorrerlas en círculos me hizo marearme. Había tres pisos además de la planta baja, todos hechos de madera y sujetos con enormes vigas de acero entrecruzadas. Había una cama de matrimonio en la primera planta, además de un escritorio, así que apenas quedaba más sitio.

Seguí subiendo. En el siguiente piso había una cama individual, que ya estaba hecha, con sábanas decoradas con guirnaldas de margaritas de aspecto mohoso, y una lámpara azul sobre una mesita de noche de madera. Mi habitación. No se parecía en nada a la de mi casa, donde las paredes estaban pintadas del color del mar y las estanterías estaban repletas de conchas. Me tembló el labio. Solo era un verano, me dije a mí misma con dureza. Eso es lo que se tardaba en navegar de Inglaterra a Canadá. Era mucho, pero no toda una vida. Y luego volvería a casa con Shabs, Matty y Nell. Entré en la habitación y me dejé caer sobre la cama. Las sábanas estaban mojadas.

–Miauuu.

Ramen me llamó desde más arriba. Cuando se pone así, hay que ir a ver qué es lo que quiere, si no, no se calla. La siguiente planta estaba justo debajo de la linterna. Podía ver el cono de vidrio rodeado de puntales de metal cerniéndose sobre mi cabeza, y supuse que mi padre instalaría allí su ordenador y haría estiramientos vergonzosos mientras automatizaba el faro.

Después de cuatro días en el coche, mis piernas parecían de gelatina, y cuando llegué arriba, estaba sin aliento. *Ramen* estaba arañando una puerta roja que tenía una llave oxidada en la cerradura. No se oían ni el mar ni el viento al otro lado. Debía de ser casi tan gruesa como la pared.

–¡Mamá! –grité.

Su voz me llegó arriba ligeramente distorsionada.

–¿Sí?

–¿Puedo salir?

Ya tenía la mano en la llave, pero oí los susurros de su discusión. Era evidente que mi padre no estaba por la labor.

–Sí –gritó mi madre un minuto después.

–¡Ten cuidado! –exclamó mi padre.

Giré la llave y empujé. La puerta se abrió con un sonido parecido al de unas uñas rascando una pizarra, y apenas se movió. Presioné el hombro contra el metal y eché todo mi peso contra la puerta.

Se abrió y, de repente, el viento sacudió sus bisagras hacia atrás. Lentamente, me fui abriendo paso por la plataforma de metal, con el viento abofeteándome levemente las mejillas. Mi pelo se convirtió en serpientes que me golpeaban la cara como un látigo y hacía que me dolieran y lloraran los ojos.